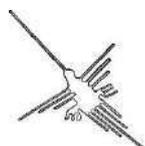
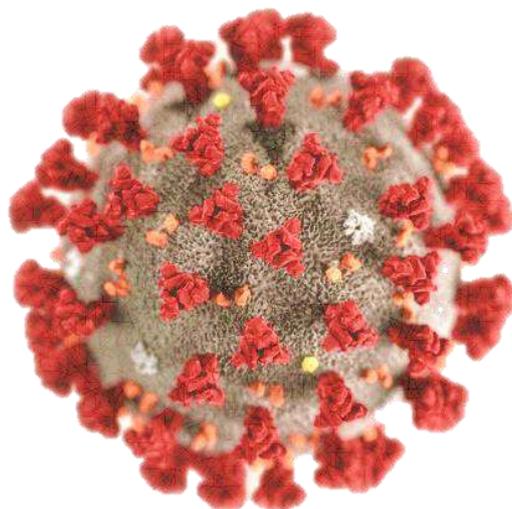




LA CRUEL PEDAGOGÍA DEL VIRUS

Boaventura de Sousa Santos



Contenido

Capítulo 1

Virus: todo lo que es sólido se desvanece en el aire

Capítulo 2

La trágica transparencia del virus

Capítulo 3

Al sur de la cuarentena

Capítulo 4

La intensa pedagogía del virus: las primeras lecciones

Capítulo 5

El futuro puede comenzar hoy

CAPÍTULO 1

Virus: todo lo que es sólido se desvanece en el aire

Existe un debate en las ciencias sociales sobre si la verdad y la calidad de las instituciones de una determinada sociedad se conocen mejor en situaciones de normalidad, de funcionamiento corriente, o en situaciones excepcionales, de crisis. Quizá ambas situaciones sean igualmente inductoras de conocimiento, pero ciertamente nos permiten conocer o revelar cosas distintas. ¿Qué potenciales conocimientos derivan de la pandemia del coronavirus?

La normalidad de la excepción

La actual pandemia no es una situación de crisis claramente opuesta a una situación de normalidad. Desde la década de 1980 –a medida que el neoliberalismo se fue imponiendo como la versión dominante del capitalismo y este se fue sujetando cada vez más a la lógica del sector financiero– el mundo ha estado viviendo en un estado permanente de crisis. Una situación doblemente anómala. Por un lado, la idea de una crisis permanente es un oxímoron, pues, etimológicamente, una crisis es, por naturaleza, excepcional y temporal, y constituye una oportunidad de ser superada y dar lugar a un mejor estado de cosas. Por otro lado, cuando la crisis es pasajera, esta debe ser explicada por los factores que la

provocan. Pero cuando la crisis se torna permanente, ella se convierte en la causa que explica todo lo demás. Por ejemplo, la crisis financiera permanente se utiliza para explicar los recortes en las políticas sociales (salud, educación, seguridad social) o la degradación salarial. De ese modo se evita que se pregunten sobre las causas reales de la crisis. El objetivo de la crisis permanente es no ser resuelta. Sin embargo, ¿cuál es el propósito de este objetivo? Son básicamente dos: legitimar la escandalosa concentración de riqueza y boicotear medidas eficaces para prevenir la inminente catástrofe ecológica. Así hemos vivido durante los últimos cuarenta años. Por eso, la pandemia solo empeora la situación de crisis a la que ha estado sometida la población mundial. De ahí su específica peligrosidad. En muchos países, los servicios de salud pública estaban mejor preparados para enfrentar la pandemia hace diez o veinte años de lo que están en la actualidad.

La elasticidad de lo social

En cada época histórica, las formas dominantes de vida (trabajo, consumo, ocio, convivencia) y de anticipar o postergar la muerte son relativamente rígidas y parecen derivar de reglas escritas en la piedra de la naturaleza humana. Es cierto que cambian paulatinamente, pero los cambios casi siempre pasan desapercibidos. La irrupción de una pandemia no se compagina con este tipo de cambios. Exige cambios drásticos. Y de repente, se vuelven posibles como si siempre lo hubiesen sido. Se torna posible quedarse en casa y volver a tener tiempo para leer un libro y pasar más tiempo con los niños, consumir menos, prescindir de la adicción de pasar tiempo en los centros comerciales, observando lo que está a la venta y olvidando todo lo que se quiere pero que solo se puede obtener por otros

medios que no sean la compra. La idea conservadora de que no hay alternativa al modo de vida en el que vivimos, impuesto por el hiper capitalismo, se desmorona. Se muestra que no hay alternativas porque el sistema político democrático ha sido llevado a dejar de discutir las alternativas. Como ellas fueron expulsadas del sistema político, van a ingresar cada vez más en la vida de los ciudadanos a través de la puerta trasera de las crisis pandémicas, de los desastres ambientales y de los colapsos financieros. Es decir, las alternativas volverán de la peor manera posible.

La fragilidad de lo humano

La aparente rigidez de las soluciones sociales crea, en las clases que más se benefician de ellas, un extraño sentimiento de seguridad. Es cierto que siempre hay cierta inseguridad, sin embargo, existen medios y recursos para minimizarla, sea la atención médica, las pólizas de seguro, los servicios de compañías de seguridad, la terapia psicológica, los gimnasios. Este sentimiento de seguridad se mezcla con el de la arrogancia y aun de condena en relación a aquellos que se sienten victimizados por las mismas soluciones sociales. El brote viral pulveriza este sentido común y evapora la seguridad de un día para otro. Sabemos que la pandemia no es ciega y tiene blancos privilegiados, pero aun así se crea una conciencia de comunión planetaria, de alguna manera democrática. La etimología del término pandemia dice exactamente eso: todo el pueblo. La tragedia es, en este caso, que la mejor manera de que seamos solidarios es aislarse unos de otros y ni siquiera tocarnos. Es una extraña comunión de destinos. ¿No serán posibles otras?

Los fines no justifican los medios

La desaceleración de la actividad económica, especialmente en el país más grande y dinámico del mundo, tiene obvias consecuencias negativas. Pero también tiene algunas positivas. Por ejemplo, la disminución de la contaminación atmosférica. Un especialista en calidad del aire de la agencia espacial de los Estados Unidos (NASA) dijo que nunca se había visto una caída de la contaminación tan dramática en un área tan vasta. ¿Significa esto que a principios del siglo XXI la única forma de evitar la cada vez más inminente catástrofe ecológica sea a través de la destrucción masiva de vida humana? ¿Hemos perdido la imaginación preventiva y la capacidad política para ponerla en práctica?

Se sabe también que, para controlar eficazmente la pandemia, China implementó métodos de represión y de vigilancia, particularmente estrictos. Cada vez más es evidente que las medidas fueron efectivas. Sucede que China, por muchos méritos que tenga, no tiene el de ser un país democrático. Es muy cuestionable que tales medidas pudieran ser implementadas, o hacerlo con la misma eficacia, en un país democrático. ¿Esto quiere decir que la democracia carece de capacidad política para responder a emergencias? Al contrario, *The Economist* mostraba a principios de este año que las epidemias tienden a ser menos letales en los países democráticos debido a la libre circulación de información. Pero como las democracias son cada vez más vulnerables a las *fake news*, tendremos que imaginar soluciones democráticas basadas en la democracia participativa a nivel de barrios y comunidades, y en educación cívica orientada hacia la solidaridad y la cooperación, y no hacia el emprendimiento y la competitividad a toda costa.

La guerra de la que está hecha la paz

El modo en que se construyó inicialmente la narrativa de la pandemia en los medios de comunicación occidentales hizo evidente el deseo de demonizar a China. Las malas condiciones higiénicas en los mercados chinos y los extraños hábitos alimenticios de los chinos (primitivismo insinuado) estaban en el origen del mal. Subliminalmente, el público mundial fue alertado sobre el peligro de que China, actualmente la segunda economía mundial, domine al mundo. Si China no pudo evitar tal daño a la salud mundial y, además, superarlo de eficazmente, ¿cómo podemos confiar en la tecnología del futuro propuesta por China? No obstante, ¿habrá nacido el virus en China? Lo cierto es que, según la Organización Mundial de la Salud, el origen del virus aún no está determinado. Es, por eso, irresponsable que los medios oficiales de los Estados Unidos hablen del “virus extranjero” o incluso del “coronavirus chino”, más aún cuando solo en países con buenos sistemas de salud pública (Estados Unidos no es uno de ellos) es posible hacer pruebas y determinar con precisión los tipos de influenza ocurridos en los últimos meses. Lo que sabemos con certeza es que, más allá del coronavirus, hay una guerra comercial entre China y Estados Unidos, una guerra sin cuartel que, como todo lleva a creer, terminará con un vencedor y un vencido. Desde el punto de vista de los Estados Unidos, urge neutralizar el liderazgo de China en cuatro áreas: la fabricación de teléfonos móviles, las telecomunicaciones de quinta generación (inteligencia artificial), los automóviles eléctricos y las energías renovables.

La sociología de las ausencias

Una pandemia de este tamaño provoca justificadamente conmoción en todo el mundo. Y aunque el drama esté justificado, es bueno tener siempre en cuenta las sombras que va creando la visibilidad. Por ejemplo, Médicos sin Fronteras alerta sobre la extrema vulnerabilidad al virus por parte de los miles de refugiados e inmigrantes detenidos en campos de internamiento en Grecia. En uno de estos campamentos (Campo de Moria), hay un grifo de agua para 1300 personas y falta jabón. Los internos solo pueden vivir cerca uno del otro. Familias de cinco o seis personas duermen en un espacio de menos de tres metros cuadrados. Esto también es Europa, la Europa invisible. Como estas condiciones también prevalecen en la frontera sur de los Estados Unidos, ahí también está la América invisible. Así, las zonas de invisibilidad pueden multiplicarse en muchas otras regiones del mundo, tal vez incluso aquí, muy cerca de cada uno de nosotros. Quizá sea suficiente abrir la ventana.

CAPÍTULO 2

La trágica transparencia del virus

Los debates culturales, políticos e ideológicos de nuestro tiempo tienen una opacidad extraña que se deriva de su distancia de la cotidianidad vivida por la gran mayoría de la población, los ciudadanos comunes –“*la gente de a pie*”, como dicen los latinoamericanos. En particular, la política, que debería ser la mediadora entre las ideologías y las necesidades y aspiraciones de los ciudadanos, ha renunciado a esa función. Si conserva algún residuo de mediación es con las necesidades y aspiraciones de los mercados, ese mega ciudadano informe y monstruoso que nunca nadie ha visto, tocado u oído, un ciudadano extraño que solo tiene derechos y ningún deber. Es como si la luz que proyecta nos cegara. Y de pronto, la pandemia irrumpe, la luz de los mercados palidece, y de la oscuridad, con la que siempre nos amenazaron si no le rendíamos pleitesía, surge una nueva claridad. La claridad pandémica y las apariciones en las que se materializa. Lo que ella nos permita ver y el modo como sea interpretado y evaluado determinarán el futuro de la civilización en la que vivimos. Esas apariciones, a diferencia de otras, son reales y vinieron para quedarse.

La pandemia es una alegoría

El significado literal de la pandemia del coronavirus es el miedo caótico generalizado y la muerte sin fronteras causados por un enemigo

invisible. Sin embargo, lo que expresa está mucho más allá. He aquí algunos significados que en ella se expresan. El todopoderoso invisible puede ser infinitamente grande (el dios de las religiones del libro) o infinitamente pequeño (el virus). En los últimos tiempos, surgió otro ser todopoderoso invisible, ni grande ni pequeño sino deformado: los mercados. Al igual que el virus, es insidioso e imprevisible en sus mutaciones y, como dios (Santísima Trinidad, encarnaciones), es uno y múltiple. Se expresa en plural, pero es singular. A diferencia de dios, los mercados es omnipresente en este mundo y no en el mundo del más allá y, al contrario del virus, es una bendición para los poderosos y una maldición para todos los demás (la gran mayoría de los humanos y la totalidad de la vida no humana). A pesar de ser omnipresentes, todos estos seres invisibles tienen espacios de recepción específicos: el virus, en los cuerpos; dios, en los templos; los mercados, en las bolsas de valores. Fuera de estos espacios, el ser humano es un ser sin abrigo trascendental.

Sujetos a tantos seres imprevisibles y todopoderosos, el ser humano y toda la vida no humana de la que depende no pueden dejar de ser inminentemente frágiles. Si todos estos seres invisibles continúan activos, la vida humana será pronto (si no ya) una especie en extinción. Está sujeta a un orden escatológico y se acerca al final. La intensa teología que se teje alrededor de esta escatología contempla varios niveles de invisibilidad e imprevisibilidad. Dios, el virus y los mercados son las formulaciones del último reino, el más invisible e imprevisible, el reino de la gloria celestial o la perdición infernal. Solo aquellos que se salvan, los más fuertes (los más santos, más jóvenes y ricos) ascienden a él. Debajo de ese reino está el reino de las causas. Es el reino de las mediaciones entre lo humano y lo no

humano. En este reino, la invisibilidad es menos rara, pero es producida por luces intensas que proyectan sombras densas sobre él. Este reino está compuesto por tres unicornios. Sobre el unicornio, Leonardo DA VINCI escribió: “El unicornio, por su intemperancia e incapacidad para dominarse a sí mismo, y debido al deleite que le brindan las doncellas, olvida su ferocidad y salvajismo. Deja de lado la sospecha, se acerca a la doncella sentada y duerme en su regazo. Así, los cazadores consiguen cazarlo”. En otras palabras, el unicornio es un todopoderoso feroz y salvaje que, no obstante, tiene un punto débil, sucumbe a la astucia de cualquiera que lo sepa identificar.

Desde el siglo XVII, los tres unicornios son el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado. Son los principales modos de dominación. Para dominar eficazmente, han de ser inclementes, feroces e incapaces de dominar, como advierte DA VINCI. Aun cuando sean omnipresentes en la vida de los humanos y las sociedades, son invisibles en su esencia y en su articulación esencial. La invisibilidad proviene de un sentido común inculcado en los seres humanos a través de la educación y el adoctrinamiento permanente. Este sentido común es evidente y contradictorio al mismo tiempo. Todos los seres humanos son iguales (afirma el capitalismo); pero, como existen diferencias naturales entre ellos, la igualdad entre los inferiores no puede coincidir con la igualdad entre los superiores (señalan el colonialismo y el patriarcado). Este sentido común es antiguo y fue discutido por Aristóteles, pero solo ingresó en la vida de la gente común a partir del siglo XVII, primero en Europa y luego en el resto del mundo.

Contrario a lo que piensa DA VINCI, la ferocidad de estos tres unicornios yace no solo en la fuerza bruta; sino también en la argucia que les permite desaparecer cuando siguen vivos, o parecer débiles cuando permanecen fuertes. La *primera* se revela en múltiples artimañas. Así, el capitalismo, con la victoria de la Revolución Rusa, aparentó haber desaparecido en una parte del mundo. Al final, solo hibernó al interior de la Unión Soviética y continuó controlándola desde afuera (capitalismo financiero, contrainsurgencia). Hoy, el capitalismo alcanza su mayor vitalidad al interior de su más grande enemigo, el comunismo, en un país que pronto será la primera economía del mundo, China. A su vez, el colonialismo disimuló su desaparición con la independencia de las colonias europeas, no obstante, continuó metamorfoseado de neocolonialismo, de imperialismo, de dependencia, de racismo, etc. Finalmente, el patriarcado induce la idea de estar moribundo o debilitado debido a las importantes victorias de los movimientos feministas en las últimas décadas, empero, la violencia doméstica, la discriminación sexista y el feminicidio no cesan de incrementar. La *segunda* argucia consiste en que el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado surgen como entidades separadas y que no tienen nada que ver entre sí. La verdad es que ninguno de estos unicornios por separado tiene el poder de dominar. Solo los tres en conjunto son todos poderosos. Dicho de otro modo, mientras haya capitalismo, habrá colonialismo y patriarcado.

El tercer reino es el de las consecuencias. En el cual los tres poderes todopoderosos muestran su verdadero rostro. Esta es la capa que la gran mayoría de la población puede ver, aunque con cierta dificultad. Este reino tiene hoy dos paisajes principales donde es más visible y cruel: la

escandalosa concentración de la riqueza/la extrema desigualdad social y la destrucción de la vida del planeta/la inminente catástrofe ecológica. Es ante estos dos brutales paisajes que los tres seres todopoderosos y sus mediaciones lo muestran, a los que nos conducen si continuamos considerándolos todopoderosos. Sin embargo, ¿serán en verdad todopoderosos? ¿No será su omnipotencia solo un reflejo de la inducida incapacidad de los humanos para combatirlos? Esa es la cuestión.

La realidad suelta y la excepcionalidad de la excepción

La pandemia le confiere a la realidad una libertad caótica, y cualquier intento de aprisionarla analíticamente está condenado al fracaso, pues siempre va por delante de lo que pensamos o sentimos sobre ella. Teorizar o escribir acerca de ella implica colocar nuestras categorías y lenguaje al borde del abismo. Como diría André GIDE, involucra concebir la sociedad contemporánea y su cultura dominante en modo *mise en abyme*. Los intelectuales son los que más deberían temer esta situación. Al igual que con los políticos, los intelectuales dejaron, en general, de mediar entre las ideologías y las necesidades y aspiraciones de los ciudadanos comunes. Median entre sí, entre sus pequeñas-grandes divergencias ideológicas. Escriben sobre el mundo, pero no con el mundo. Son pocos los intelectuales públicos, y estos tampoco escapan al abismo de estos días. La generación que nació o creció después de la Segunda Guerra Mundial se habituó a tener un pensamiento excepcional en tiempos normales. Frente a la crisis pandémica, tienen dificultad de pensar la excepción en tiempos excepcionales. El problema es que la práctica caótica y esquiva de estos días rehúye a la teorización y exige que se la entienda desde un modo de la subteorización; como si la claridad de la pandemia creara tanta

transparencia que nos impidiera leer y menos aún reescribir lo que vamos grabando en la pantalla o en el papel. Dos ejemplos. Tan pronto como la crisis pandémica irrumpió, Giorgio AGAMBEN se insurgió contra el peligro de la emergencia de un Estado de excepción. El Estado, al tomar medidas de vigilancia y restricción de la movilidad con el pretexto de combatir la pandemia, adquiriría poderes excesivos que pondrían en peligro la democracia. Esta advertencia tiene sentido y fue premonitoria en relación a algunos países como Hungría. Sin embargo, fue escrito en un momento en que los ciudadanos, en estado de pánico, constataban que los servicios nacionales de salud no estaban preparados para combatir la pandemia y exigían que el Estado tomara medidas eficaces para evitar la propagación del virus. La reacción no se hizo esperar, y AGAMBEN tuvo que dar marcha atrás. Es decir, la excepcionalidad de esta excepción no le permitió pensar que hay excepciones y *excepciones*, ante lo cual tendremos que distinguir en el futuro no solo entre un Estado democrático y un Estado de excepción, sino también entre un Estado de excepción democrática y un Estado de excepción antidemocrático. El segundo ejemplo se refiere a Slavoj ŽIŽEK, quien al mismo tiempo señaló que la pandemia demostraba que el “comunismo global” era la única solución futura. La propuesta seguía el hilo de sus teorías en tiempos normales, pero estaba completamente fuera de lugar en tiempos de excepción *excepcional*. También él tuvo que reconsiderarlo. Por muchas razones, he defendido que el tiempo de los intelectuales de vanguardia ha terminado. Los intelectuales deben aceptarse a sí mismos como intelectuales de retaguardia, estar atentos a las necesidades y aspiraciones de los ciudadanos comunes y partir de ellas para hacer teoría. De lo contrario, los ciudadanos estarán indefensos ante los únicos que saben hablar su lenguaje y entender sus preocupaciones. En

muchos países, estos son los pastores evangélicos conservadores o los imanes del islamismo radical, apologistas de la dominación capitalista, colonialista y patriarcal.

CAPÍTULO 3

Al sur de la cuarentena

Cualquier cuarentena es siempre discriminatoria, más difícil para algunos grupos sociales que para otros; e imposible para un amplio grupo de cuidadores cuya misión es hacer posible la cuarentena al conjunto de la población. En este capítulo, sin embargo, examino a otros grupos para quienes la cuarentena es particularmente difícil. Son los grupos que tienen en común el padecimiento de una especial vulnerabilidad que precede a la cuarentena y que se agrava con ella. Tales grupos conforman lo que llamo el *Sur*. En mi concepción, el Sur no designa un espacio geográfico, sino un espacio-tiempo político, social y cultural. Es una metáfora del injusto sufrimiento humano causado por la explotación capitalista, la discriminación racial y la discriminación sexual. Me propongo analizar la cuarentena desde la perspectiva de aquellos y aquellas que más han sufrido con estas formas de dominación e imaginar, también desde su perspectiva, los cambios sociales que se requieren una vez finalizada la cuarentena. Son muchos los colectivos sociales. Seleccione algunos:

Las mujeres

La cuarentena será particularmente difícil para las mujeres y, en algunos casos, incluso puede ser peligrosa. Las mujeres son consideradas “las cuidadoras del mundo”, predominan en la prestación de cuidados dentro y

fuera de las familias. Predominan en profesiones como enfermería o asistencia social, que están en la primera línea de batalla de la prestación de cuidados a enfermos y ancianos dentro y fuera de las instituciones. No se pueden defender con una cuarentena para poder garantizar la de los demás. Son también ellas quienes continúan a cargo, exclusiva o principalmente, del cuidado de las familias. Uno podría imaginar que, habiendo más manos en casa durante la cuarentena, las tareas podrían estar más distribuidas. Sospecho que no será así frente al machismo que impera, y que quizá se refuerza en momentos de crisis y confinamiento familiar. Con los niños y otros miembros de la familia en casa durante 24 horas, el estrés será mayor y ciertamente recaerá más en las mujeres. El aumento del número de divorcios en algunas ciudades chinas durante la cuarentena puede ser un indicador de lo que acabo de decir. Por otro lado, se sabe que la violencia contra las mujeres tiende a aumentar en tiempos de guerra y de crisis –y ha venido aumentando ahora. Una buena parte de esta violencia sucede en el espacio doméstico. El confinamiento de las familias en espacios reducidos y sin salida, puede ofrecer más oportunidades para el ejercicio de la violencia contra las mujeres. El periódico francés *Le Figaro* informaba el 26 de marzo, según información del Ministerio del Interior, que la violencia conyugal había aumentado en un 36% la semana anterior en París.

Los trabajadores precarios, informales, denominados autónomos

Después de cuarenta años de ataque a los derechos de los trabajadores en todo el mundo por parte de las políticas neoliberales, este grupo de trabajadores es globalmente dominante, aun cuando las diferencias sean muy significativas de un país a otro. ¿Qué significará la cuarentena para

estos trabajadores, que tienden a ser aquellos más rápidamente despedidos cada vez que hay una crisis económica? El sector de servicios, donde abundan, será una de las áreas más afectadas por la cuarentena. El 23 de marzo, India declaró la cuarentena por tres semanas, involucrando a 1.3 mil millones de personas. Considerando que en India entre el 65% y 70% de los trabajadores pertenecen a la economía informal, se estima que 300 millones de indios quedaron sin ingresos. En América Latina, alrededor del 50% de los trabajadores están empleados en el sector informal. Del mismo modo, en el caso de Kenia o Mozambique, debido a los programas de ajuste estructural de los años 1980-90, la mayoría de los trabajadores son informales. Esto significa que dependen de un salario diario; incluso aquellos que tienen un empleo formal gozan de pocos beneficios contractuales. La indicación de la OMS de trabajar en casa y en autoaislamiento es impracticable, pues obliga a los trabajadores a elegir entre ganar el pan diario o quedarse en casa y pasar hambre. Las recomendaciones de la OMS parecen haber sido pensadas en relación a una clase media que es una pequeñísima fracción de la población mundial. ¿Qué significa la cuarentena para los trabajadores que ganan día a día para vivir día a día? ¿Se arriesgarán a desobedecer la cuarentena para alimentar a su familia? ¿Cómo resolverán el conflicto entre el deber de alimentar a la familia y el deber de proteger sus vidas y la de ella? Morir de virus o morir de hambre, esa es la elección.

Los trabajadores de la calle

Los trabajadores de la calle son un grupo específico de trabajadores precarios. Los vendedores ambulantes, para quienes el “negocio”, es decir, la subsistencia, depende exclusivamente de la calle, de quienes pasan en

ella y de su decisión, siempre impredecible para el vendedor, de detenerse y comprar algo. Hace mucho tiempo que los vendedores viven en cuarentena en la calle, pero en la calle con la gente. El impedimento de trabajar para quienes venden en los mercados informales de las grandes ciudades significa que potencialmente millones de personas ni siquiera tendrán el dinero para acudir a las instalaciones de salud si llegaran a enfermar o para comprar desinfectante de manos y jabón. Quien tiene hambre no puede darse el lujo de comprar jabón y agua a precios que están comenzando a sufrir el peso de la especulación. En otros contextos, los uberizados en la economía informal que entregan alimentos y paquetes a domicilio garantizan la cuarentena de muchos, pero para eso no se pueden proteger en una. Su “negocio” aumentará tanto como el riesgo.

Los sin abrigo o poblaciones de calle

¿Cómo será la cuarentena para aquellos que no tienen hogar? Los sin abrigo que pasan sus noches en viaductos, estaciones abandonadas de metro o tren, túneles de aguas pluviales o túneles de alcantarillado en tantas ciudades del mundo. En los Estados Unidos se les llama los *tunnel people*. ¿Cómo será la cuarentena en los túneles? ¿No habrán pasado toda su vida en cuarentena? ¿Se sentirán más libres que aquellos que ahora son obligados a vivir en casa? ¿Verán en la cuarentena una forma de justicia social?

Los moradores en las periferias pobres de las ciudades, favelas, barriadas, slums, caniço, etc.

Según datos de ONU Hábitat, 1.6 mil millones de personas no tienen una vivienda adecuada y el 25% de la población mundial vive en barrios

informales sin infraestructura o saneamiento básico, sin acceso a servicios públicos, con escasez de agua y electricidad. Viven en espacios pequeños donde se aglomeran numerosas familias. En resumen, viven en la ciudad sin derecho a la ciudad, pues viviendo en espacios desurbanizados, no tienen acceso a las condiciones urbanas presupuestas por el derecho a la ciudad. Y, dado que muchos habitantes son trabajadores informales, enfrentan la cuarentena con las mismas dificultades referidas anteriormente. Con todo, más allá de eso, dadas las condiciones de la vivienda, ¿podrán cumplir las reglas de prevención recomendadas por la OMS? ¿Serán capaces de mantener la distancia interpersonal en los pequeños espacios de vivienda donde la privacidad es casi imposible? ¿Podrán lavarse las manos con frecuencia cuando la poca agua disponible deber guardarse para beber y cocinar? ¿El confinamiento en alojamientos tan reducidos no tendrá otros riesgos tan o más dramáticos para la salud que los causados por el virus? Muchos de estos barrios hoy son fuertemente vigilados por la policía y, a veces, sitiados por las fuerzas militares bajo el pretexto de combatir el crimen. ¿No será la cuarentena más dura para estas poblaciones? Los jóvenes de las favelas de Río de Janeiro, a quienes la policía siempre impidió de ir a la playa de Copacabana el domingo para no molestar a los turistas, ¿no sentirán que ya vivían en cuarentena? ¿Cuál es la diferencia entre la nueva cuarentena y la anterior, que siempre ha sido su modo de vida? En Mathare, uno de los barrios periféricos de personas de bajos ingresos en Nairobi (Kenia) 68 941 personas viven en un kilómetro cuadrado. Como en muchos contextos similares en el mundo, las familias comparten una habitación que también es cocina, dormitorio y sala de estar. ¿Cómo se les puede pedir autoaislamiento? ¿Es

posible el autoaislamiento en un contexto de hetero aislamiento permanente impuesto por el Estado?

Cabe señalar que, para los moradores de las periferias pobres del mundo, la actual emergencia sanitaria vino a unirse a muchas otras emergencias. Según informan los compañeros y compañeras de *Garganta Poderosa*, uno de los más notables movimientos sociales de barrios populares de América Latina, además de la emergencia sanitaria causada por la pandemia, los moradores enfrentan varias otras emergencias. Este es el caso de la emergencia sanitaria resultante de otras epidemias todavía no erradicadas y de la falta de atención médica. Este año fueron registrados 1833 casos de dengue en Buenos Aires. Solo en Villa 21, uno de los barrios más pobres de Buenos Aires, se registraron 214 casos. “Por coincidencia”, en Villa 21, el 70% de la población no tiene agua potable. Es también este el caso de la emergencia alimentaria, porque existe hambre en los barrios, y los modos comunitarios de superarlo (comedores populares, refrigerios) colapsan ante el dramático aumento de la demanda. Si las escuelas cierran, la comida escolar, que garantiza la supervivencia de los niños, termina. Finalmente, es el caso de la emergencia de la violencia doméstica, particularmente grave en los barrios, y de la permanente emergencia de la violencia policial y de la estigmatización que conlleva.

Los internos en campos para refugiados, inmigrantes indocumentados o poblaciones desplazadas internamente

Según cifras de la ONU, son 70 millones. Son poblaciones que, en su mayor parte, viven en permanente cuarentena y para quienes la nueva cuarentena poco significa en cuanto regla de confinamiento. Sin embargo, los peligros que enfrentan en caso el virus se propague entre ellos serán fatales e incluso

más dramáticos que los que enfrentan las poblaciones de las periferias pobres. Por ejemplo, en Sudán del Sur, donde más de 1.6 millones de personas están desplazadas internamente, lleva horas o días llegar a los centros de salud, y la principal causa de muerte a menudo se puede evitar, pues son ocasionadas por enfermedades para las que ya existen medicamentos: malaria y diarrea. En el caso de los campos de internamiento a las puertas de Europa y de Estados Unidos, la cuarentena causada por el virus impone un deber ético humanitario de abrir las puertas de estos campos cuando no sea posible crear las condiciones mínimas de habitabilidad y seguridad requeridas por la pandemia.

Los discapacitados

Han sido víctimas de otra forma de dominación, además del capitalismo, el colonialismo y el patriarcado: el capacitismo. Es la forma como la sociedad los discrimina, no reconociéndoles sus necesidades especiales, no facilitándoles el acceso a la movilidad y a las condiciones que les permitirían disfrutar de la sociedad como cualquier otra persona. De alguna manera, las limitaciones que la sociedad les impone hace que se sientan viviendo en una cuarentena permanente. ¿Cómo vivirán la nueva cuarentena, más aún cuando dependen de quien tiene que romper la cuarentena para ayudarles? Como hace ya mucho se acostumbraron a vivir en condiciones de cierto confinamiento, ¿se sentirán ahora más libres que los “no discapacitados” o más como ellos? ¿Verán tristemente en la nueva cuarentena alguna justicia social?

Los ancianos

Este grupo, particularmente numeroso en el Norte global, es generalmente uno de los grupos más vulnerables, pero la vulnerabilidad no es indiscriminada. De hecho, la pandemia nos obliga a que seamos más precisos con los conceptos que utilizamos. Después de todo, ¿quién es anciano? Según *Garganta Poderosa*, la diferencia en la esperanza de vida entre dos barrios de Buenos Aires (el barrio pobre de Zavaleta y el barrio exclusivo de Recoleta) es de unos veinte años. No sorprende que los líderes de las comunidades sean considerados de “edad madura” por la comunidad y “líderes jóvenes” por la sociedad en general.

Las condiciones de vida prevalecientes en el Norte global han llevado a que buena parte de ellos sea depositada (la palabra es dura, pero es lo que es) en hogares, casas de reposo o asilos. Dependiendo de las posesiones propias o familiares, estos alojamientos pueden ir desde cajas fuertes de lujo hasta vertederos de desechos humanos. En tiempos normales, los ancianos comenzaron a vivir en estos alojamientos como espacios que garantizaban su seguridad. En principio, la cuarentena causada por la pandemia no debería afectar en gran medida sus vidas, pues ya vivían en permanente cuarentena. ¿Qué sucederá cuando, debido a la propagación del virus, esta zona de seguridad se convierta en una de alto riesgo, como sucede en Portugal y en España? ¿Estarían más seguros si pudieran regresar a las casas, en el improbable caso de que aún existan, en las que vivieron toda su vida? ¿Los familiares que, por propia conveniencia, los alojaron en asilos, no sentirán remordimiento al someter a sus ancianos a un riesgo que podría ser fatal? ¿Y los ancianos que viven en aislamiento no correrán ahora un riesgo mayor de morir sin que nadie lo perciba? Al menos los ancianos que viven en barrios pobres del mundo pueden morir a causa de la

pandemia, pero no morirán sin que nadie se dé cuenta. Hay que añadir también que, sobre todo en el Sur global, las epidemias anteriores llevaron a que los ancianos tengan que prolongar su vida activa. Por ejemplo, la epidemia del SIDA mató y continúa matando a padres jóvenes, dejando a los abuelos con la responsabilidad del hogar. Si los abuelos mueren, los niños corren un riesgo muy alto de desnutrición y hambre, y finalmente de muerte.

La lista de los que están al sur de la cuarentena está lejos de ser exhaustiva. Basta pensar en los prisioneros y en las personas con problemas de salud mental –en particular, depresión. Pero el elenco seleccionado muestra dos cosas. Por un lado, al contrario de lo que transmiten los medios de comunicación y las organizaciones internacionales, la cuarentena no solo hace más visible, sino que también refuerza la injusticia, la discriminación, la exclusión social y el sufrimiento inmerecido que ocasionan. Resulta que tales asimetrías se vuelven más invisibles frente al pánico que se apodera de aquellos que no están acostumbrados a él.

CAPÍTULO 4

La intensa pedagogía del virus: las primeras lecciones

Lección 1:

El tiempo político y mediático condiciona el modo en el cual la sociedad contemporánea percibe los riesgos que corre.

Ese camino puede ser fatal para nosotros. Las crisis graves y agudas, cuya letalidad es muy significativa y muy rápida, movilizan a los medios de comunicación y los poderes políticos, y llevan a tomar medidas que, en el mejor de los casos, resuelven las consecuencias de la crisis, sin embargo, no repercuten en sus causas. Por el contrario, las crisis graves, pero de lento progreso tienden a pasar desapercibidas inclusive cuando su letalidad es exponencialmente mayor. La pandemia del coronavirus es el ejemplo más reciente del primer tipo de crisis. Al momento en que escribo, ha matado a unas 40,000 personas. La contaminación atmosférica es el ejemplo más trágico del segundo tipo de crisis. Como informa *The Guardian* de 5 de marzo, según la Organización Mundial de la Salud, la contaminación atmosférica, que es solo una dimensión de la crisis ecológica, mata anualmente 7 millones de personas. Según la Organización Meteorológica Mundial, el hielo de la Antártida se derrite seis veces más rápido que hace cuatro décadas, y el hielo de Groenlandia hasta cuatro veces más rápido de lo previsto. Conforme la ONU, tenemos diez años para evitar el aumento de

1.5 grados de temperatura global en relación a la época preindustrial, y en cualquier caso vamos a sufrir.

Sin embargo, la crisis climática no suscita una respuesta dramática y de emergencia como la que está provocando la pandemia. Y lo peor es que, si bien la crisis pandémica puede revertirse o controlarse de alguna manera, la crisis ecológica es ya irreversible, queda solo tratar de mitigarla. Pero aún más grave es el hecho de que las dos crisis están ligadas. La pandemia de coronavirus es una manifestación del modelo de sociedad que comenzó a imponerse a nivel mundial a partir del siglo XVII y hoy está llegando a su etapa final. Es el modelo que está conduciendo hoy a la humanidad a una catástrofe ecológica. Pues, una de las características esenciales de ese modelo es la explotación ilimitada de los recursos naturales. Esa explotación está violentando fatalmente el lugar de la humanidad en el planeta Tierra. Esa violación se traduce en la muerte innecesaria de muchos seres vivos de la Madre Tierra, nuestra casa común, como sostienen los pueblos indígenas y campesinos de todo el mundo, hoy secundados por los movimientos ecologistas y por la teología ecológica. Aquella violación no quedará impune. Las pandemias, al igual que las manifestaciones de la crisis ecológica, son el castigo que sufrimos por tal violación. No se trata de venganza de la Naturaleza, sino de auto defensa. El planeta tiene que defenderse para garantizar su vida. La vida humana es una ínfima parte (0.01%) de la vida planetaria a defender.

Lección 2:

Las pandemias no matan tan indiscriminadamente como se cree.

Es evidente que discriminan menos que otros actos de violencia cometidos en nuestra sociedad contra trabajadores empobrecidos, mujeres,

trabajadores precarios, negros, indígenas, inmigrantes, refugiados, personas sin abrigo, campesinos, ancianos, etc. Sin embargo, discriminan tanto en lo que respecta a su prevención como a su expansión y mitigación. Por ejemplo, los ancianos están siendo víctimas del darwinismo social en varios países. Gran parte de la población mundial no está en condiciones de seguir las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud para defenderse del virus porque viven en espacios pequeños o altamente contaminados, o se ven obligados a trabajar en condiciones de riesgo para alimentar a sus familias, o están presos en cárceles o campos de internamiento, o no tienen jabón o agua potable, o la poca agua disponible es para beber y cocinar, etc.

Lección 3:

Como modelo social, el capitalismo no tiene futuro.

En particular, su versión actual –el neoliberalismo combinado con la dominación del capital financiero– está social y políticamente desacreditada debido a la tragedia a la que condujo a la sociedad global y cuyas consecuencias son más evidentes que nunca en este momento de crisis humanitaria global. El capitalismo podrá subsistir, entre otros, como uno de los modelos económicos de producción, distribución y consumo, mas no como el único, y mucho menos como el que dicta la lógica de acción del Estado y la sociedad. Pues, fue eso lo que sucedió en los últimos cuarenta años, sobre todo luego de la caída del Muro de Berlín; se impuso así la versión más antisocial del capitalismo: el neoliberalismo cada vez más dominado por el capital financiero global. Esta versión del capitalismo sometió todos los ámbitos sociales –esencialmente salud, educación y seguridad social– al modelo de capital, esto es, a áreas de

inversión privada que deben gestionarse para generar el máximo beneficio para los inversores. Este modelo pone de lado cualquier lógica de servicio público, ignorando así los principios de ciudadanía y derechos humanos. Deja para el Estado solo las áreas residuales o para clientes poco solventes (a menudo la mayoría de la población) aquellas que no generan ganancias. Por opción ideológica, se optó por: la demonización de los servicios públicos (el Estado depredador, ineficiente o corrupto), la degradación de las políticas sociales dictadas por las políticas de austeridad bajo el pretexto de la crisis financiera del Estado, y la privatización de los servicios públicos y el subfinanciamiento de aquellos que sobraron al no ser de interés al capital. Y llegamos a estos días con Estados sin capacidad efectiva para responder eficazmente a la crisis humanitaria que abate a sus ciudadanos. La brecha entre la economía de la salud y la salud pública no podría ser mayor. Los gobiernos con menos lealtad a las ideas neoliberales son los que están actuando de manera más eficaz contra la pandemia, independientemente del régimen político. Basta mencionar a Taiwán, Corea del Sur, Singapur y China.

En el actual momento de *shock*, las instituciones financieras internacionales (FMI), los bancos centrales y el Banco Central Europeo están incitando a los países a endeudarse más de lo que están para hacer frente a los gastos de emergencia, incluso si les permite extender los plazos de pago. El futuro propuesto por esas instituciones solo escapará a los más distraídos: el escenario postcrisis estará dominado por más políticas de austeridad y una mayor degradación de los servicios públicos donde eso fuera aún posible.

He aquí que la pandemia opera como un analista privilegiado. Los ciudadanos ahora saben lo que está en juego. Habrá más pandemias en el futuro y probablemente más graves, y las políticas neoliberales continuarán socavando la capacidad del Estado para responder, y las poblaciones estarán cada vez más indefensas. Este ciclo infernal solo puede ser interrumpido si se interrumpe el capitalismo.

Lección 4:

La extrema derecha y la derecha hiper neoliberal están (se espera) definitivamente desacreditadas.

La extrema derecha ha estado creciendo un poco en todo el mundo. Se caracteriza por la pulsión antisistema, la manipulación grosera de los instrumentos democráticos, incluyendo el sistema judicial, el nacionalismo excluyente, la xenofobia y el racismo, la apología del Estado de excepción securitario, el ataque a la investigación científica independiente y a la libertad de expresión, la estigmatización de los adversarios, concebidos como enemigos, el discurso de odio, el uso de redes sociales para la comunicación política ignorando los mecanismos y los medios de comunicación convencionales. En general, defiende el Estado mínimo, pero es pródiga en presupuestos militares y fuerzas de seguridad. Ocupa un espacio político que les fue ofrecido por el rotundo fracaso de los gobiernos provenientes de la izquierda los cuales se rindieron al catecismo neoliberal bajo la astuta o ingenua creencia en la posibilidad de un capitalismo con rostro humano, un oxímoron desde siempre, o por lo menos en estos tiempos.

En algunos países, la extrema derecha está asociada a versiones altamente politizadas y conservadoras de la religión, el evangelismo

pentecostal en varios países de América Latina, el catolicismo reaccionario en Europa, hinduismo político en India, el budismo radical en Myanmar, el islamismo radical en Medio Oriente. Defiende las políticas neoliberales, en ocasiones con un extremismo superior a la ortodoxia del FMI. La extrema derecha es enamorada por los partidos convencionales de derecha siempre que estos últimos necesitan apoyo en versiones menos extremas de políticas neoliberales. En la actual crisis humanitaria, los gobiernos de extrema derecha o de derecha neoliberal han fracasado más que otros en la lucha contra la pandemia. Ocultaron información, desprestigiaron a la comunidad científica, minimizaron los potenciales efectos de la pandemia, utilizaron la crisis humanitaria para la chicana política. Con el pretexto de salvar la economía, corrieron riesgos irresponsables por los cuales esperamos sean responsabilizados. Sugirieron que una dosis de darwinismo social sería beneficiosa: la eliminación de una parte de la población que ya no es de interés para la economía, ni como trabajadores ni como consumidores, esto es, poblaciones desechables, como si la economía pudiera prosperar sobre una pila de cadáveres o de cuerpos desprovistos de algún rendimiento. Los ejemplos más claros son Inglaterra, Estados Unidos, Brasil, India, Filipinas y Tailandia.

Lección 5:

El colonialismo y el patriarcado están vivos y se refuerzan en tiempos de crisis aguda.

Las manifestaciones son múltiples, he aquí algunas de ellas. Las epidemias, de las cuales el nuevo coronavirus es la manifestación más reciente, solo se tornan en serios problemas globales cuando las poblaciones de los países más ricos del Norte global se ven afectadas. Es lo que sucedió con la

epidemia del SIDA. En el 2016, la malaria mató a 405,000 personas, la inmensa mayoría en África, y eso no fue noticia. Los ejemplos se podrían multiplicar. Por otro lado, los cuerpos racializados y sexualizados son siempre los más vulnerables ante el brote de una pandemia. De entrada, sus cuerpos son más vulnerables por las condiciones de vida que les son impuestas socialmente por la discriminación racial o sexual a la que se encuentran sujetos. Cuando el brote ocurre, la vulnerabilidad aumenta, pues están más expuestos a la propagación del virus y se encuentran en lugares en los que la atención médica nunca llega: favelas y periferias pobres de la ciudad, aldeas remotas, campos de internamiento de refugiados, prisiones, etc. Realizan tareas que implican más riesgos, ya sea porque trabajan en condiciones que no les permiten protegerse o porque son cuidadores de vidas de otros que sí tienen las condiciones para protegerse. Por último, en situaciones de emergencia, las políticas de prevención o contención nunca son de aplicación universal. Por el contrario, son selectivos. En ocasiones son abierta e intencionalmente adeptas del darwinismo social: tienen como propósito garantizar la supervivencia de los cuerpos socialmente más valorados, los más aptos y más necesarios para la economía. Otras veces, simplemente olvidan o descuidan los cuerpos desvalorizados.

Lección 6:

El regreso del Estado y la comunidad.

Los tres principios de regulación de las sociedades modernas son el Estado, el mercado y la comunidad. En los últimos cuarenta años se dio prioridad absoluta al principio del mercado en detrimento del Estado y la comunidad. La privatización de los bienes sociales colectivos –como la

salud, la educación, el agua potable, la electricidad, los servicios postales y de telecomunicaciones y la seguridad social- fue solo la manifestación más visible de la prioridad concedida a la mercantilización de la vida colectiva. Más insidiosamente, el mismo Estado y la comunidad o sociedad civil pasaron a ser gestionados y evaluados por la lógica del mercado y por criterios de rentabilidad del “capital social”. Esto sucedió tanto en los servicios públicos como en los servicios de solidaridad social. Así es como las universidades públicas fueron sometidas a la lógica del capitalismo universitario, con rankings internacionales, la proletarización productiva de los profesores y la conversión de los estudiantes en consumidores de servicios universitarios. Así fue también que surgieron las asociaciones público-privadas, casi siempre un mecanismo de transferencia de recursos públicos al sector privado. Así fue, en fin, como las organizaciones de solidaridad social ingresaron en el comercio de la filantropía y del cuidado.

Las pandemias demuestran cruelmente cómo el capitalismo neoliberal ha incapacitado al Estado para responder a las emergencias. Las respuestas que los Estados están dando a la crisis varían de un Estado a otro, pero ninguno puede disfrazar su incapacidad y su falta de previsibilidad frente a las emergencias que han sido anunciadas y consideradas de ocurrencia próxima y muy probable.

Estoy seguro de que en un tiempo próximo esta pandemia nos dará más lecciones y de que lo hará de manera cruel. Si seremos capaces de aprender es por ahora una cuestión abierta.

CAPÍTULO 5

El futuro puede comenzar hoy

La pandemia y la cuarentena están revelando que las alternativas son posibles, que las sociedades se adaptan a nuevas formas de vida cuando es necesario y se siente que corresponde al bien común. Esta situación se torna propicia para pensar en alternativas al modo de vida, de producción, de consumo y de convivencia en los primeros años del siglo XXI. En ausencia de tales alternativas, no será posible evitar la irrupción de nuevas pandemias que, por cierto, como todo sugiere, pueden ser aún más letales que la actual. No faltarán ideas sobre alternativas, pero ¿podrán conducir a una acción política para lograrlas? A corto plazo, lo más probable es que, terminada la cuarentena, las personas quieran asegurarse de que el mundo que conocían no ha desaparecido. Volverán ávidos a las calles, ansiosos por volver a circular libremente. Irán a los jardines, a los restaurantes, a los centros comerciales, visitarán a sus parientes y amigos, regresarán a sus rutinas que, por pesadas y monótonas que hayan sido, ahora parecen leves y seductoras.

No obstante, el regreso a la “normalidad” no será igualmente fácil para todos. ¿Cuándo se reconstituirán los rendimientos pasados? ¿Los empleos y salarios estarán a la espera y a disposición? ¿Cuándo se recuperarán los atrasos en la educación básica y en las carreras profesionales? ¿El Estado de excepción creado para responder a la

pandemia desaparecerá tan pronto como ella? En los casos en que se han adoptado medidas de protección para defender la vida por encima de los intereses de la economía, ¿el retorno a la normalidad implicará dejar de dar prioridad a la defensa de la vida? ¿Habrá un deseo de pensar en alternativas cuando la alternativa que se busca es la normalidad que existía antes de la cuarentena? ¿Se pensará que fue esa normalidad la que nos condujo a la pandemia y conducirá a otras en el futuro?

Al contrario de lo que se pueda pensar, el período inmediato posterior a la cuarentena no será uno propicio para discutir alternativas, a menos que la normalidad de la vida a la que las personas quieren regresar no sea del todo posible. Tengamos en cuenta que, en el período inmediatamente anterior a la pandemia, hubo protestas masivas en muchos países contra las desigualdades sociales, la corrupción y la falta de protección social. Lo más probable es que cuando finalice la cuarentena, las protestas y los saqueos volverán, pues la pobreza y la pobreza extrema aumentarán. Como antes, los gobiernos recurrirán a la represión hasta donde sea posible y, en cualquier caso, procurarán que los ciudadanos reduzcan aún más sus expectativas y se acostumbren a la nueva normalidad.

En ausencia de alternativas, otras pandemias ocurrirán, pero esa probabilidad deja de ser una cuestión política. Es que los políticos que enfrentaron esta crisis ya no serán los que tendrán que enfrentar la próxima. A mi modo de ver, ese no será el caso solo si la ciudadanía organizada (partidos políticos, movimientos y organizaciones sociales, movilizaciones espontáneas de ciudadanos) decide poner fin a la separación entre procesos políticos y procesos civilizatorios que acaeció

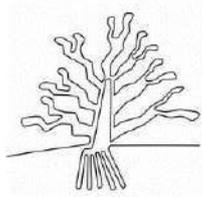
simbólicamente luego de la caída del Muro de Berlín. Con este evento político, se consolidó, desde el Norte global, la idea de que no hay alternativas al capitalismo y todo lo que acarrea. Hasta entonces, al menos desde principios del siglo XX, el debate sobre las alternativas al capitalismo ocurría al interior del proceso político, y este, en la medida en que las discutía, asumía una dimensión civilizatoria. Se ponían en la agenda de debate alternativas económicas, sociales, políticas y culturales que apuntaban hacia horizontes pos capitalistas, modelos de desarrollo, de vida y de sociedad que atenuarían la agresión cada vez más intensa contra la naturaleza inducida por el capitalismo y todo lo que involucra. La gran mayoría de esas alternativas no tenía nada que ver con las soluciones que existían al otro lado del Muro de Berlín (el socialismo soviético), pero su mera existencia legitimaba que se discutieran otras alternativas. En esto consistía la articulación entre los procesos políticos y los procesos civilizatorios.

Con la caída del Muro de Berlín, esta articulación se deshizo. Los debates políticos pasaron a ceñirse a la gestión de las soluciones propuestas o impuestas por el (des)orden capitalista vigente, y los debates civilizatorios, en la medida que continuaron, pasaron a tener lugar fuera de los procesos políticos. Esta separación fue fatal pues las sociedades dejaron de pensar en alternativas de vida que hagan menos probable la ocurrencia de fenómenos como el calentamiento global, los llamados desastres naturales, la pérdida de biodiversidad; de eventos meteorológicos extremos (tsunamis, ciclones, inundaciones, sequías, aumento del nivel del mar debido al deshielo de los glaciares); y, como resultado de todo esto, la mayor ocurrencia de epidemias y pandemias cada vez más globales y letales.

Solo con una nueva articulación entre los procesos políticos y los procesos civilizatorios será posible comenzar a pensar en una sociedad en la que la humanidad asuma una posición más humilde en el planeta que habita. Una humanidad que se habitúe a dos ideas básicas: existe mucha más vida en el planeta que la vida humana, pues esta representa solo el 0.01% y la defensa de la vida del planeta en su conjunto es una condición para la continuación de la vida de la humanidad. De lo contrario, si la vida humana continúa poniendo en peligro y destruyendo todas las demás vidas de las que está hecho el planeta Tierra, es de esperar que esas otras vidas se defiendan ante la agresión y lo hagan de maneras cada vez más letales. Si ese es el caso, el futuro de esta cuarentena será un corto intervalo antes de las cuarentenas futuras.

La nueva articulación presupone un giro epistemológico, cultural e ideológico que sustente las soluciones políticas, económicas y sociales que garanticen la continuidad de la vida humana digna en el planeta. Ese giro tiene múltiples implicaciones. La primera consiste en crear un nuevo sentido común, la idea simple y evidente de que en los últimos cuarenta años hemos vivido en una cuarentena, en la cuarentena política, cultural e ideológica de un capitalismo cerrado sobre sí mismo, y la de las discriminaciones raciales y sexuales sin las cuales este no puede subsistir. La cuarentena provocada por la pandemia es, después de todo, una cuarentena dentro de otra. Superaremos la cuarentena del capitalismo cuando seamos capaces de imaginar al planeta como nuestra casa común y a la Naturaleza como nuestra madre originaria a quien debemos amor y respeto. Ella no nos pertenece. Somos nosotros los que le pertenecemos. Cuando

superemos esta cuarentena, estaremos más libres de las cuarentenas ocasionadas por las pandemias.



© Traducido por Marco A. Flores.